

Las noches del ruiseñor

José Agustín Blanco Redondo

A la memoria de Felipe Merino Ciudad

*“... pero a mi vida
se une tu vida, inseparablemente.”
J. L. Borges*

Jamás lo hubiera imaginado. Incluso después de escucharlo, no creía que aquella melodía pudiera ser real. Comenzaban los trajines de la vendimia, el aroma a mosto abrumaba las calles del pueblo y las bodegas recibían aquellas capachas de uva tinta y de airén que, en los majuelos, se encaramaban a las galeras y a los carros por entre el piafar impaciente de las mulas. Saturnino había acudido a una viña para suministrar al mayoral un pedido de media docena de espuestas de pleita y decidió luego fumarse un pitillo junto al soto, bajo el ramaje vertical, sobrio de los chopos, junto al negrear intenso de las moras que salpicaban el zarzal, por entre los troncos muertos de los olmos y el verde lustroso del escaramujo. La noche acudió enseguida tras las últimas veladuras del crepúsculo. Aquel borboteo musical, aquel arpegio de sonidos limpios, desnudos, despertó una curiosidad arrinconada desde antaño en lo hondo de su conciencia. El hombre buscó al pájaro por sobre el vibrar demorado de las ramas de los álamos blancos. Había luna llena, una luna de esas grandes y rojizas que emergen cuando el sol todavía no se ha hundido en el horizonte y que acompañan cada año al festín de las cosechas, quizá su luz de ceniza lograra recortar la silueta de aquel oculto solista de la noche, de aquel prodigioso intérprete del fin del estío. El hombre no pudo ver nada más que penumbra blancuzca entreverada de aromas a tierra humedecida. Escuchó al fin un crujir de tallos de carrizo que bajaba desde la última retuerta del arroyo.

Sentado entre las mimbreras, Saturnino contempló cómo dos chavales armados con linternas y con una carabina de aire comprimido escrutaban las copas de los chopos, de los fresnos, de aquellos álamos blancos que prodigaban sus troncos pálidos sobre los ribazos. El sonido hueco del disparo horadó el crepúsculo mientras los muchachos cargaban de nuevo el arma y disparaban de nuevo, dos, tres veces, quizá más. Saturnino percibió entonces un estremecimiento cálido junto a sus alpargatas, un trajinar breve de plumas buscando, tal vez, un refugio con el que distraer el cercano hálito de la muerte. El hombre tomó el pájaro entre sus manos, y enfrentó su mirada a aquellas pupilas negrísimas, y sus dedos se tiñeron del escarlata de la sangre, y su piel recibió el apresurado latir de un corazón diminuto. De súbito, Saturnino supo lo que debía hacer. Un par de voces fueron suficientes para que aquellos cazadores prematuros abandonaran a la carrera los aledaños del arroyo. Un par de minutos para que Saturnino se levantara y, acunando al ruiseñor entre sus manos, se alejara del arroyo en dirección al pueblo.

.....

Buscó la mercromina en el armario del baño. Cubrió el ala herida con dos gotas de ese líquido rojizo y colocó al ruiseñor en el interior de una caja de cartón. Adhirió al fondo la tapa de un tarro de conserva colmada de agua y, tras un beso en la mejilla, comunicó a su mujer la presencia inesperada de aquel huésped. Saturnino y Verónica regentaban una tienda de ultramarinos que antes perteneció a los padres de ella. El local se enclavaba en una calle de nombre luminoso, cálido, ansiado por la humanidad desde que la memoria se amadrigó en la mente de los hombres. La calle Mediodía. El colmado disponía de esa solera encantadora que proporcionan las etiquetas de los envases exponiéndose de forma ordenada, como el desfile inmóvil de una colorida milicia creada para embelesar a los clientes. Nada más entrar, un mostrador de madera oscura cubierto de mármol blanco recibía a las visitas. El mostrador giraba en uno de

sus extremos diseñando un ángulo recto hacia la zona de droguería. Allí era donde solía posicionarse Saturnino y su eterno guardapolvo gris. Verónica recibía al vecindario tras la parte más larga del mostrador, siempre vestida con un delantal blanquísimo y una cofia de redecilla, también con una sonrisa tenue, una sonrisa como teñida de melancolía. Sobre el mármol reposaban una torre de papel de estraza, la balanza de contrapeso y una guillotina para despiezar las bacaladas en lomos, ventrescas, agallas, colas y cogotes.

Cuatro orzas de barro contenían los pepinillos y las cebollas en vinagre, las aceitunas y también esas sabrosísimas berenjenas de Almagro atravesadas por un palito de hinojo y aliñadas con pimentón, vinagre, aceite de oliva, ajos, cominos y pimiento asado. Varias estanterías tras el mostrador agrupaban las latas de conservas, también los tarros de cristal alineados según contenido, tamaño y forma. Era casi imposible descubrir un lugar vacío entre tanto envase, nadie sabría jamás el color de la pared o los desconchones que, tal vez, asolaran la misma. En un hueco practicado entre los anaqueles se encastraba una vitrina de cristal con grandes latas de atún en escabeche y de pimiento morrón para su venta a granel, también el tabal con las sardinas de cuba, esos pescados prensados y salados que contemplaban, en formación centrípeta, la vida desde la muerte de sus ojos vidriosos, pescados que ofrecían al cliente, sin aparentar vergüenza alguna, sus escamas del mismo color del azogue.

Junto a la torre de papel de estraza se disponía una lata de pimentón de Jarandilla de La Vera y otra de carne de membrillo de Puente Genil, unas latas lacadas en color plata que, nada más tocarlas, parecían palpitar con ese hueco murmullo del metal al abollarse. Y en vendimia, sobre el mostrador de mármol, se dispensaban también porciones de un laborioso postre del color del cobre, el mostillo, una delicia exclusiva de la Mancha, mosto de uva hervido con harina de trigo, canela, ralladura de limón y matalahúva. Bajo las estanterías, en cajones de madera, reposaba el azúcar, el arroz, las legumbres y los fideos servidos a granel con un librador de acero. No había nada que no se albergara en aquel colmado, cualquier alimento habitaba allí, el chocolate de Alicante que

se vendía por onzas, el café a granel que se molía allí mismo, los huevos frescos, las hogazas de pan de cruz, las gaseosas retornables, las lechugas, acelgas y patatas, las naranjas, calabazas y zanahorias, los plátanos, melones y tomates.

La entrada a la tienda resultaba un festín no solo para la vista, sino para ese, a veces, relegado sentido del olfato. Allí divagaban, en armonía y sin ataduras, el aroma del jamón serrano del Campo de Montiel, el del queso manchego curado en cuevas de piedra caliza, el de los chorizos de Cantimpalos, el de las morcillas de cebolla de Valdepeñas, el de las longanizas de Aragón, el de la sobrasada de Mallorca. Casi siempre había niños rondando el mostrador de Verónica. Acudían a menudo en busca de esos caramelos que se dispensaban en tarros de cristal con tapadera metálica, tarros que encajaban entre sí como si fuera una construcción de sabores a malvavisco, a naranja, a fresa, a limón y a café. Acudía también la gente del campo en busca de alpargatas, sombreros de paja, azadas con astiles de carrasca, tranchetes y navajas de Albacete. Acudían pintores en busca de brochas de crin de caballerías, y de cal para las tapias, y de pavonazo y añil para los zócalos de las fachadas. Acudían modistas y costureras para adquirir hilos de bordar, madejas de lana, agujas, alfileres, tijeras y dedales. Acudían taberneros, poetas de pupilas alunadas y artistas de horizontes rurales a proveerse de vino, vermú, anís y aguardiente a granel. Para ello, Saturnino apoyaba la garrafa en la pierna y vertía aquellos líquidos trasminados de alcohol en una jarra calibrada. Hacía lo mismo con el aceite de oliva, y con el vinagre, y con la mistela. Todo el que entraba por la puerta del colmado era atendido con la precisión de un oficio heredado de afanes antiguos, aprendido de maestros sabios, perfeccionado durante décadas con la inercia intangible de la experiencia. Nadie abandonaba el local con dudas o perplejidades. Nadie se equivocaba al comprar en la tienda de la calle Mediodía.

.....

Saturnino se despertó, abrió despacio los ojos y comprobó que no eran ni las cinco de la madrugada. Habían cerrado tarde. Con la vendimia, los jornaleros acudían ya anochecido a por tocino y sardinas de cuba, a por queso en aceite y media hogaza de pan de cruz, a por un sombrero de paja y unas alpargatas nuevas. Escuchó de nuevo aquella delicada melodía. Ya estaba acostumbrado, pero le seguía pareciendo extraño que un pájaro cantara durante la noche. El hombre sabía que el autillo, en primavera, al llegar a La Mancha para criar, solía emitir un gorjeo contundente que se remecía en el crepúsculo, un sonido como el sonar de un submarino que el ave repetía con una cadencia demorada, quizá para encandilar a su pareja. Pero que un pájaro trinara esa bellísima melodía de tonos ascendentes a las cinco de la madrugada le resultaba un prodigio incomprensible. Se acercó a la jaula y contempló al ruiseñor, el plumaje castaño, la finura de su pico, el vientre algo más pálido. El pájaro no se arredró y continuó sus borboteos cantores tal vez con más potencia, logrando que en los labios del hombre despertara una sonrisa. Porque Saturnino, en aquel momento, supo lo que el ruiseñor quería decirle, una vez repuesto de la lesión producida por el balín de la carabina. Había acabado la vendimia. Octubre avanzaba sin descanso a los manaderos del invierno. El pájaro, bien alimentado con las hormigas y larvas suministradas por Saturnino, debía cumplir con esa misión ancestral otorgada desde siempre a los miembros de su especie. El hombre no dejó de sonreír, pero ahora sus labios se fruncieron con una sombra, quizá, de melancolía. Muy despacio, abrió la puerta de la jaula y dejó salir al ruiseñor. Y mientras el pájaro volaba lejos, muy lejos de la tienda de ultramarinos de la calle Mediodía, siempre en dirección al mediodía, Saturnino le habló con un hilo de voz, con un susurro que apenas parecía fluir de su garganta. Amigo, el año que viene, cuando retornes de tierras africanas y hayas culminado la cría de tus vástagos, nos veremos en la alameda del arroyo, nada más comenzar la vendimia de los majuelos, junto al negrear intenso de las moras que salpican el zarzal, por entre los troncos muertos de los olmos y el verde lustroso del escaramujo. Durante el crepúsculo. Allí te estaré esperando.